

Seminario Concordia
C. Correo 5
1655 J. L. Suárez
Bs. As. - Arg.

Revista Teológica

Publicación Trimestral de Teología y Homilética Luterana

Redactada por la Facultad del Seminario Concordia

Editor: Fr. LANGE

CONTENIDO :

	Página
La exhortación misional de San Pablo a los colosenses con aplicación práctica a las misiones latinoamericanas	1
La estructura y función de la Iglesia Cristiana	13
Ideas teológicas sobre los satélites artificiales	32
Homilética	36
Bosquejos para sermones	44

Publicado por La Junta Misionera de la Iglesia Evangélica Luterana Argentina

Seminario Concórdia
C. Correo 5
1655 J. L. Suárez
Bs. As. - Arg.

Revista Teológica

Publicación Trimestral de Teología y Homilética Luterana.
Redactada por la Facultad del Seminario Concórdia.
Editor: Fr. Lange.

Núm 17

Primer Trimestre - 1958

Año 5

La exhortación misional de San Pablo a los colosenses con aplicación práctica a las misiones latinoamericanas

Continuación

Hemos hablado mucho sobre la santificación, como se expresa y se concreta en la oración intercesora, a la vez insistiendo en que ella depende en cada instante de la justificación por la fe. Pero ahora hemos llegado a aquella frase del texto en cuestión que nos permite hablar sin interrupción de la justificación; esa frase es el misterio de Cristo. Arriba hemos tratado de dar siquiera una idea somera de la riqueza extraordinaria de esa pequeña frase. Es nuestra convicción firme que nuestra amada Iglesia Luterana es la intérprete y la portadora fiel de ese misterio; creemos que nuestra Iglesia en sus símbolos o confesiones ha captado el "secreto" del "secreto (el misterio) de Cristo," y sabemos que con nuestra insistencia en la supremacía de la justificación por la fe en toda la estructura de la doctrina cristiana, la cual no es sino nuestro propósito de "no saber nada sino a Jesucristo y a éste crucificado," estamos cumpliendo con la exhortación de Cristo de "permanecer en su Palabra" (S. Juan 8:31). Estamos seguros de que los romanistas, los reformados y los entusiastas arminianos que nos reodean en tan grande número están en el camino de las obras, porque hacen del misterio de Cristo una verdad evidente a la razón humana inconversa: de que la salvación realmente es por las obras y no por la fe; y con su abandono teórico y práctico de los medios de gracia todos ellos están alejándose más y más del misterio, que es Cristo. Nuestra gran contribución a la América Latina

es nuestro énfasis sobre la justificación por la fe, la distinción correcta entre la Ley y el Evangelio, y los medios de gracia; y nuestra enemistad enconada contra todo legalismo y todo "entusiasmo". Nuestra Iglesia Luterana, que es fiel a las Escrituras en sus confesiones, nos da a nosotros la tarea y la responsabilidad de ser fieles a esta herencia gloriosa. Por eso nos toca ahora hablar sobre las palabras del v. 4 **hina phaneroso auto hos dei me lalesai**. A nosotros nos incumbe dar a conocer este misterio como debemos hablar. Aquí desearía hacer hincapie en tres puntos: 1) no hay que olvidar que esta cláusula-hina es el objeto de una oración. Necesitamos orar por nosotros mismos, y necesitamos orar los unos por los otros, para que Dios nos dé la fuerza, la capacidad y la sinceridad necesarias para dar a conocer este misterio, ya que esta fuerza, capacidad y sinceridad provienen únicamente de Dios; recordando lo dicho por Pablo en 2 Cor. 3:5-6: "no que seamos suficientes por nosotros mismos para reclamar algo como si procediese de nosotros, sino que nuestra suficiencia viene de Dios, el cual nos hizo competentes para ser ministros de un nuevo pacto..." 2) Necesitamos poner todo empeño en que realmente **demos a conocer** el misterio de Cristo. Aquí una vez más nos topamos con la paradoja fundamental de la existencia cristiana: toda capacidad, toda energía, toda sinceridad, toda verdad, toda "doctrina pura" etc., etc. viene exclusivamente de Dios y de ninguna manera de nosotros; pero a la vez nosotros somos responsables por administrar estos dones fielmente: si hay éxito, si el misterio se predica en toda su verdad, esto se debe únicamente a Dios; si la palabra no se predica en toda su verdad como debemos hablar, esto se debe exclusivamente a nosotros y es exclusivamente **nuestra** culpa. De manera que nosotros los predicadores del misterio de Cristo tenemos una responsabilidad grandísima, puesto que somos los medios, los "vasos de barro" por los cuales Dios ha tenido a bien dar a conocer su misterio a los hombres, y a Dios le ha complacido salvar a los hombres únicamente por el misterio de Cristo. Nuestra adherencia a la Iglesia Luterana no garantiza automáticamente el que esclarezcamos el misterio de Cristo como debemos. Nuestro voto a base de la Biblia y las Confesiones no nos preservará automáticamente de todo error. Dios nos da la capacidad de declarar el

misterio, pero al mismo tiempo esta declaración demanda de nosotros un trabajo intensivo y serio. A veces se oyen quejas de que en los EE. UU., en nuestro amado Sínodo de Missouri, que tanto alarde hace de la "doctrina pura," muchos pastores suelen predicar sermones que quizá no contengan errores positivos, que quizá sean "ortodoxos," y que no obstante son repeticiones estériles de la misma terminología, digamos, que se emplea en la explicación de Schwan del Catecismo, Hay quejas de que muchas veces los sermones que se predicán en el Sínodo de Missouri no presenten la palabra viva de Dios sino una palabra muerta compuesta de ideas preconcebidas y frases muy trilladas. Por otro lado, también se ha observado que ya que se ha generalizado el uso del idioma inglés en el Sínodo de Missouri en EE. UU., las ideas y los modales reformados también se evidencian en los sermones "missourianos". Se oye que muchos de nuestros pastores allá hacen uso extensivo en sus sermones de ilustraciones y cuentos banales, a la vez que dejan de profundizarse en el texto bíblico y de explicarlo a la congregación. Al mismo tiempo se ha observado en los sermones missourianos tendencias legalistas, moralistas, que provienen de nuestra propia mente carnal y del uso de material reformado. No sé cuál será la situación de nosotros aquí en la zona del Caribe. Yo no podría tener la presunción de juzgaros a vosotros, ni tendría la posibilidad de juzgaros, porque no os he oído predicar. Pero no me parece imposible que las mismas tendencias se manifiesten entre nosotros. Debido a nuestro énfasis correcto en la doctrina pura, me parece que la tendencia más peligrosa para nosotros sería la de predicar sermones "muertos", en los cuales nos contentaríamos con predicar al pueblo cristiano usando las frases y las formulaciones dogmáticas a las cuales estamos acostumbrados (a la vez quiero hacer contar que reconozco muy bien la verdadera necesidad de esas frases y formulaciones.) A la vez creo que corremos el riesgo de introducir el moralismo reformado y las banalidades y trivialidades reformadas en nuestros sermones, ya que la mayor parte del material homilético en español es de origen reformado; y si lo usamos, sólo con dificultad podremos evitar que sus influencias nocivas se infiltren en nuestros sermones. La única manera de resistir estas tendencias, la única manera de

cerciorarnos de que realmente estamos predicando el misterio de Cristo, es decidírnos a gastar el tiempo necesario para escudriñar las Escrituras, a dejar que las Escrituras nos hablen con toda su frescura y todo su poder. Nos tiene que "gustar" el estudio de la Palabra; entonces ese gusto se evidenciará en nuestros sermones, y predicaremos la Palabra vivamente. Además, a pesar de nuestras muchas otras ocupaciones, a pesar de las presiones múltiples que se ejerzan sobre nosotros, y a pesar de la sencillez de nuestro auditorio, no nos contentaremos con un sencillo recuento de lo que todos ya saben; nuestros sermones no serán como las lecciones para principiantes de la Escuela Dominical; sino que nuestro gusto será escudriñar, a través de la Escritura, toda la riqueza, toda la profundidad y la altura y la anchura del "misterio de Cristo", y nuestro gusto será compartir con nuestras congregaciones y nuestros grupitos, desde luego de una manera sencilla, los descubrimientos escriturales que el Espíritu de Dios nos ha proporcionado a través de nuestro estudio. 3) Hemos visto arriba según el pasaje paralelo en Efesios, que cuando Pablo pide que él pueda declarar el misterio "cómo le conviene hablar," muy probablemente se refiere a la **parresia**, al denuedo. También en este punto me parece que tenemos mucho que aprender. A mi parecer, con todo y pese a nuestra insistencia excelente en la doctrina pura, en un arraigo firme en la gracia de Dios, y en una instrucción doctrinal completa, a veces nos hace falta un "sentido de urgencia," una "compulsión santa" para declarar el misterio de Cristo, y por consiguiente el denuedo que es el resultado de esos impulsos. Algunos opinarán quizá que aquí podemos aprender mucho de los evangélicos reformados, cuyo celo y compulsión, arrojo y denuedo son harto conocidos. Pero creo que encontraremos muchas veces —no siempre por supuesto— que el celo de los reformados por extender la Palabra es un celo legalista, nacido de la Ley y no del Evangelio; y se debe a que los reformados confunden la Ley y el Evangelio, diciendo que la **obediencia** es una parte íntegra de la fe, y por lo tanto, para ser salvo hay que **obedecer** a Cristo. A veces me parece también que el celo de los reformados es un celo de tipo "entusiasta," que sueña que puede hacer caso omiso de los Medios de Gracia y que mediante sus esfuerzos enérgicos podrá

realizar el Reino de Dios aquí en la tierra. ¡Y hasta creo que cabe la pregunta si el celo de los reformados no conduce a más almas lejos de Dios que al encuentro de Dios! La **parresia** de la cual habla Pablo es un denuedo nacido del Evangelio, el que también es una potencia para la vida cristiana. Creo que hay una gran diferencia entre el denuedo del corriente predicador de los cultos de avivamiento, quien apela a las emociones del auditorio y depende de su propia retórica, y el denuedo de un Lutero, quien apelaba a la conciencia del pueblo y cuyo arrojito lleno de gozo se basaba en el mensaje inaudito de la gracia de Dios en Cristo. Y para que nosotros tengamos semejante denuedo, necesitamos vivir más en el misterio de Cristo, depender más de él, y ejercitarnos más en él. Si nosotros en nuestra propia vida cristiana diariamente llegamos hambrientos y sedientos a Cristo, y si a diario comemos a manos llenas el Pan de Vida y bebemos en abundancia del Agua de Vida (que es Cristo, el misterio de Dios), creo que Dios contestará nuestra oración y nos dará más denuedo, más arrojito alegre y firme, más "glad fearlessness" como para declarar el misterio de Cristo a **todos** los habitantes de la Zona del Caribe: a los muchos pobres y los pocos ricos, a los romanistas cegados y los evangélicos fanáticos y entusiastas, a las masas indiferentes, a la gente del campo y a la gente de las ciudades, a los muchos ignorantes y supersticiosos y los pocos ilustrados e intelectuales, a los latinos, los indios, los negros, los anglosajones y los europeos.

Pablo concluye su "exhortación misional" a los colosenses con algunas sugerencias sumamente prácticas. La primera está contenida en el v. 5: **En sophía peripateite pros tous exo, ton kairon exagorazomenoi**; "Conducíos sabiamente con los de afuera redimiendo el tiempo." El verbo **peripatein** significa literalmente "andar, caminar"; pero en las epístolas paulinas, dicho verbo se emplea frecuentemente con un significado figurativo y ético, como sinónimo de "vivir, conducirse"; y creo que tanto en inglés ("walk") como en español ("andar, caminar") los repectivos verbos pueden usarse en el mismo significado. "Tous exo" son los de afuera, los no cristianos; y esta frase tiene el mismo significado en varios otros pasajes del N. T. Hay que conducirse con ellos en **sophia**, en sabiduría. Muchas veces en

el N. T., como hemos visto ya, el vocablo *sophia*, sabiduría, se usa de la sabiduría de Dios en el Evangelio, o denota la sabiduría falsa por ejemplo de los griegos, la vanidad natural de la razón humana. Pero aquí, obviamente, el vocablo tiene otro significado; quiere decir la sabiduría práctica de la vida cristiana o lo que en inglés se llama "good judgment," discernimiento acertado, "sentido común cristiano." Creo que casi los únicos otros pasajes en el N. T. que emplean *sophía* en el mismo significado se encuentran en la carta de Santiago: "¿Quién es sabio y entendido entre vosotros? Muestre por la buena conducta sus obras en mansedumbre de sabiduría" (3:13). "Más la sabiduría de arriba (opuesta a la sabiduría "terrena, carnal, diabólica" (3:15) es primeramente pura, después pacífica, amable, condescendiente, llena de misericordia y de buenos frutos, sin incertidumbre ni fingimiento." (3:17) Obviamente tenemos que agregar el pasaje paralelo de Efes. 5:16: "Mirad, pues, con diligencia, cómo andéis, no como necios, sino como sabios... Por tanto, no os volváis insensatos, sino entended cuál es la voluntad del Señor." Esta sabiduría práctica, llena de tantas virtudes eminentemente cristianas, es la que los colosenses han de poner en práctica hacia los no cristianos que los rodeaban todo el tiempo. Y si les faltaba esa sabiduría, Santiago también habría podido decirles cómo se obtiene: "Si a alguno de vosotros le falta sabiduría, pídasela a Dios, el cual da a todos sin reprochar; y le será dada" (1:5). No han de conducirse con orgullo ni soberbia hacia los paganos, jactándose de su nivel más alto de moral y de su fe más pura y más "espiritual". No los han de mirar de reojo, sino que les han de hablar con esa dulce apacibilidad que es el fruto de la fe en Cristo, el misterio de Dios. Naturalmente, aunque Pablo no lo dice expresamente, la finalidad de su "andar" en *sophía* hacia los de afuera es ganarlos para Cristo. Esta *sophía* es dulce y apacible, pero no es caracterizada por la lentitud "tropical", tan arraigada en la Zona del Caribe, sino que los que la ejercen han de "redimir el tiempo", *ton kairón, exagorazómenoi*. Es de notarse que el vocablo griego que se traduce aquí con la palabra "tiempo" no es *chronos* —el tiempo en su sentido cronológico, que se puede medir y dividir en horas, minutos y segundos— sino *kairos*, el tiempo de la decisión, de crisis, el tiempo propicio o

favorable. Aquí **kairos** tiene probablemente el último significado general que acabamos de citar, y que podría precisarse con la palabra "oportunidad". Pero, ¿qué querrá decir "redimir la oportunidad"? El verbo **exagorazo** es una forma intensiva (con el prefijo **ex-**) del verbo **agorazo**, que quiere decir sencillamente "comprar". Las únicas otras ocurrencias del verbo en el N. T. (exceptuando su uso en el pasaje paralelo al nuestro: Efes. 5:16) son los famosos pasajes Gál. 3:13: **Christos exegorasen hemas ek tes kataras tou nomou** ("Cristo nos redimió de la maldición de la Ley") y Gal. 4:5: **hina tous hypo nomou exagorase** (Dios envió a su Hijo, hecho de mujer, hecho bajo la Ley, para que redimiese a los que estaban bajo la Ley"), donde el verbo tiene el significado de "comprar, redimir, rescatar, libertar". Aquí obviamente se trata del uso figurativo del verbo; se ha discutido mucho entre los exégetas y lexicógrafos del N. T. cuál será el significado exacto del vocablo en este pasaje y en Efes. 5:16, y parece que éste no se puede establecer con toda seguridad. Grim-Thayer comenta así: "Aparentemente el significado es: aprovechar sabiamente y con consagración cada oportunidad de hacer bien, de manera que el celo y el hacer bien se conviertan, por decirlo así, en el dinero con el cual compramos el tiempo y lo hacemos nuestra posesión." Buechsel, escribiendo en el Diccionario teológico del N. T., dice que el prefijo **ex-** significa una actividad intensiva de comprar, que agota todas las posibilidades u oportunidades que se presenten. Bauer dice que el significado más apto es probablemente "aprovechar el tiempo, aprovechar la oportunidad", y agrega que la razón para ello es que el tiempo es muy limitado debido a la proximidad de la Segunda Venida de Cristo, lo cual nos recuerda Rom. 13:11: "Además de esto, vosotros sabéis qué tiempo (**kairos**) es éste: la obra precisa en que despertaréis del sueño. Porque la salvación está más cerca de nosotros ahora que cuando primero creímos." El pasaje paralelo, Efes. 5:16, agrega otro motivo: "Redimiendo el tiempo, porque los días son malos." El propósito de este aprovechamiento del tiempo ha de ser, indudablemente hablarles a los paganos del misterio de Cristo y ganarlos para El.

En el v. 6 Pablo da una exhortación más específica que sirve para poner de relieve la naturaleza de esa sabiduría y del

aprovechamiento del tiempo: **ho logos hymon pantote en chariti, halati ertymenos, eidenai pos dei hymas heni hekasto apokrinesthai**: “que vuestra palabra sea siempre con gracia, sazónada con sal, para que sepáis cómo debéis responder a cada uno.” La palabra de los cristianos, dirigida a los de afuera, ha de ser con **charis**, y tal parece que la palabra española que es el equivalente inmediato de **charis**, a diferencia del alemán y del inglés, resulta ser aquí la traducción más natural y nítida: “gracia.” Naturalmente se entiende que aquí no se trata de la **charis** por excelencia, la gracia de Dios en Jesucristo, sino de la bondad y la afabilidad que suelen atraer a la gente. Un paralelo parece encontrarse en Luc. 4:22, que trata de la reacción de los nazarenos a las palabras de Jesús dirigidas a ellos en la sinagoga: “Y todos daban testimonio a su favor, y se maravillaban de las palabras de gracia que salían de su boca (**epi tois logois tes charitos**),” es decir, de las palabras atractivas y hasta “simpáticas” del Salvador. Los colosenses deben mantenerse alejados de todos los modales toscos, arrogantes y altaneros. Tal vez podríamos parafrasear la exhortación de Pablo en la siguiente manera: que la gracia de Dios en Cristo produzca la gracia en vosotros. Además, su habla debe ser “sazónada con sal”, **halati ertymenos**. Según las conocidas palabras de Jesús en el sermón del monte, los cristianos son “la sal de la tierra” (Mat. 5:13), y esa sal debe sazonar sus conversaciones con los de afuera. Desde luego se trata de un giro figurativo, que teóricamente podría significar varias cosas. Sin fijarse en el contexto, sería posible imaginarse que se trata de cierta característica “picante” e ingeniosa de la conversación que atraese atención al que habla. Pero al ponderar el hecho de que este giro se encuentra en un contexto misional, es difícil pensar que Pablo esté señalando esa ingeniosidad que llame la atención al “genio” natural del que habla. Ciertamente tendrá razón F. Hauck, otro escritor del Diccionario teológico del Nuevo Testamento (editado por G. Kittel), cuando afirma que en este pasaje la sal es una expresión figurativa que se usa para señalar el contenido religioso y ético que deberá llenar la conversación del cristiano. En otras palabras, la conversación del cristiano debe sazonarse con alusiones atractivas, interesantes y “pican-tes” (entendido correctamente) al misterio de Cristo de tal ma-

nera, que el oyente no cristiano será atraído y querrá oír más. Pablo explica que esas características del habla del cristiano tienen por finalidad plasmar su conversación con los de afuera: "para que sepáis cómo debéis responder a cada uno," **eidenai pos dei hymas heni hekasto apokrinesthai**. Cada uno de afuera que pregunta al cristiano o entabla conversación con él tiene sus propias preocupaciones, afanes y problemas peculiares. Naturalmente, el cristiano tiene solamente una cosa que responder a los de afuera: el misterio de Cristo; pero ese misterio debe ser explicado y desarrollado a cada uno según sus propias necesidades. En el caso de un individuo determinado hay que seguir cierto rumbo, cierto desarrollo apropiado al caso; con otro individuo, otro rumbo. La posibilidad de adaptarse a tantas condiciones distintas, siempre tratando el mismo tema: el misterio de Cristo, entraña una gran agilidad y sensibilidad espiritual, que a su vez se exterioriza en la gracia y "lo salado" de la conversación. Por último, creo que debemos citar el gran pasaje en la primera carta de S. Pedro que trata del testimonio cristiano, hacia el cual nuestro texto de colosenses nos conduce irresistiblemente: "Santificad a Cristo como Señor en vuestros corazones. Estad siempre dispuestos a hacer vuestra defensa ante todo aquel que os pidiere razón de la esperanza que hay en vosotros, pero hacedlo con humildad y respeto (**phobos**)" (3:15-16a).

Ciertamente se puede deducir de estas palabras algunas aplicaciones harto prácticas para nosotros. Los primeros cristianos estaban conscientes en todo tiempo de su misión en el mundo y de la presencia de masas de gente necesitadas de Cristo que los rodeaban; y lo primero que debe imprimirse indeleblemente en nuestra conciencia es la existencia de tantos millones de personas en la América Latina que prácticamente están sin Cristo y tienen necesidad de El. A veces nos sentimos quizá tan abrumados por el peso del trabajo, por las dificultades que existen en la congregación, por la incomprensión de nuestros anhelos y propósitos de parte de muchos individuos, que perdemos la visión misional. El estudio de este texto, Col. 4:2-6, debe dejar en nosotros dos impresiones: la grandeza y la profundidad inagotable del misterio de Cristo, y la conciencia de las masas de personas que necesitan conocer ese misterio.

Admitámoslo: nos hace falta la sabiduría de que habla Pablo, la sabiduría con que conducirnos con los de afuera. Pidámosla a Dios, creyendo firmemente que El nos la otorgará. Y luego usémosla en nuestros contactos con los de afuera. Pidamos a Dios que nos quite nuestra estupidez espiritual, nos haga humildes y nos haga entender cuál es su voluntad (Efes. 4:29). Si tenemos cierta tendencia a mostrarnos religiosamente altaneros, porque tenemos la doctrina pura del Evangelio, arrepiéntámonos de ello y vistámonos la sabiduría de arriba que es pura, pacífica, amable, condescendiente, llena de misericordia y de buenos frutos (Sant. 3:17), y mostrémosnos así con aquellos que tratamos de ganar para el Salvador. Y en cuanto al redimir el tiempo, ¡cuánta falta nos hace! (Entiéndase que vuestro servidor, al hacer estas aserciones, siempre se cuenta como el primero de los pecadores.) ¡Cuántas veces, en lugar de redimir el tiempo, no perdemos sencillamente el tiempo? Acordémonos de nuevo que esta frase un poco enigmática significa aproximadamente lo mismo que el axioma latín: **carpe diem**, aprovecha la oportunidad. ¡Cuántas oportunidades se nos presentan de hablar del misterio que es el afán de nuestra vida, y no lo hacemos, porque quizá no reconocemos la oportunidad, o porque el demonio y nuestra carne nos impiden aprovecharla! ¡Cuántas veces nos persuadimos de que cierto individuo es indiferente religiosamente y que el Evangelio de Cristo no le importa un maravedí, y aplazamos para otra ocasión —que quizá nunca se presenta— el propósito de hablarle de Cristo Jesús, no habiendo observado cierto punto de contacto, quizá muy pequeño, que pudiéramos haber tocado para poder encauzar la conversación hacia su verdadero objetivo! Por otro lado, vemos el celo sin conocimiento de los mormones, que siempre andan de a dos tocando las puertas, aparentemente redimiendo el tiempo. Pero aquí tampoco queremos caer presos de un celo falso y legalista de tipo reformado o sectario, al pensar que no hemos redimido el tiempo si al final de cada día no caemos como rendidos y muertos en nuestra cama después de haber corrido a grandes velocidades de acá para allá pregonando el Evangelio a los cuatro vientos. Este redimir del tiempo, este aprovechamiento de la oportunidad es acompañado por la **sophia** práctica, la prudencia y la calma característicamente cristianas.

Y ¿cómo llegaremos a poseer esa *sophia* cristiana que se encuentra en la vía media entre la "pereza" y el "quietismo" que algunos dicen ser tradicionalmente "luteranos" por un lado, y el extremado celo legalista de los reformados por otro lado? Ciertamente ella es un fruto del Espíritu, y el buen Espíritu de Dios produce sus frutos en nosotros mediante el bien conocido camino de la contricción y la fe, mediante nuestra apropiación siempre más profunda del misterio de Cristo.

En cuanto a la sal y la gracia que deben caracterizar nuestra palabra, es cierta una vez más la paradoja de que éstas pueden ser otorgadas únicamente por Dios (y debemos pedir las incansablemente con fe) y que nuestra falta de usar los talentos, aunque sean pocos, que Dios nos ha dado, es nuestra propia culpa. También es natural que diferentes individuos difieran entre sí respecto a la medida y la cualidad de "sal" y "gracia" con que están dotados. Pero al mismo tiempo es necesario recordar que Pablo da esta exhortación a los cristianos comunes de Colosas, no a unos héroes espirituales. Todo es cuestión de voluntad; si nosotros realmente estamos empeñados en que la palabra de Dios corra y que muchos conozcan el misterio de Cristo, entonces vamos a pedir esos dones a Dios, y El nos los va a dar, a cada uno como El quiere. Creo que este énfasis es muy importante en el medio en que trabajamos. Nuestra gente latina en general tiene mucho talento en cuestiones de lenguaje; tiene un altamente desarrollado sentido estético en cuanto al uso del idioma; y en un sentido secular, y no religioso, su habla generalmente está salpicada de "gracia" y de "sal". No le gusta el que uno le llegue hablando desmañadamente, usando términos abstractos sin contacto con la realidad viva; no le cae bien el que uno le llegue de golpe esgrimiendo el arma de la "doctrina pura", junto con toda clase de polémicas severas. El punto de contacto con ellos muy bien puede ser la "gracia" y la "sal" espirituales (dones del Espíritu Santo), que ciertamente tienen cierto contacto con las mismas cualidades naturales, pero van más allá y conducen al oyente a la gracia de Dios en Cristo. Este hablar con "gracia" y con "sal" es un gran arte que se aprende únicamente en la escuela del Espíritu Santo, y todos nosotros tendremos lo suficiente que hacer durante toda nuestra vida para que aprendamos este arte.

Pero necesitamos recalcar por último que Pablo no dirigió esta exhortación a los clérigos o los pastores y obreros "oficiales" de la iglesia, sino a todos los cristianos comunes en Colosas. Para nosotros este hecho significa que hemos de hablar de "gracia" y de "sal" a los cristianos de nuestras congregaciones para que ellos atraigan con estas cualidades a los que están sin Cristo. Si hemos de llevar nuestra doctrina bíblica-luterana a amplios sectores de la América Latina, será necesario que nuestros cristianos todos sean testigos de Cristo, y no solamente los pastores y obreros oficiales. Una de nuestras tareas importantes es la de entrenar a nuestros cristianos para que hablen de esta manera. ¿Cómo vamos a hacer esto sin caer en el extremismo fanático y legalista de los reformados, donde cada uno se considera un "evangelista" y un "predicador" de la Palabra y donde corrientemente cualquier feligrés puede llevar la palabra en un servicio público, ya sea orando, ya sea predicando? Otra vez necesitamos recordar que la vía media entre ese extremo y el otro de la pasividad tradicionalmente "luterana" —como muchos aseveran— es muy difícil de alcanzar, y necesitamos saber que para alcanzar esa vía media también vamos a tener suficiente trabajo para toda nuestra vida. Sólo el Espíritu de Dios puede conducir a nuestros cristianos a ese nivel en que puedan ser testigos de Cristo sin ser evangelistas fanáticos; y el Espíritu de Dios obra siempre por los Medios de Gracia, sobre todo por el Evangelio. Si nosotros somos fieles en nuestro ministerio, si realmente fundamos la vida de nuestros cristianos sobre el puro Evangelio —y no sobre un Evangelio pervertido por la Ley—, podemos estar seguros por la fe de que el Espíritu Santo producirá sus frutos en nuestros cristianos y que ellos testimoniarán de Cristo con "gracia" y con "sal", a la vez esquivando ellos el entusiasmo exagerado y repugnante de los reformados, porque la gracia y la sal con la que hablarán de Cristo serán templadas y plasmadas por la "humildad y la reverencia (respeto)" que nos recomienda San Pedro en el pasaje que acabamos de citar

R. Hoferkamp